

# La sombra del doctor Francia

Paraguay es desde su independencia en 1811 parte de esa geografía de páramos autoritarios de América Latina, dominado desde siempre por la figura del doctor José Gaspar Rodríguez de Francia y Velasco, supremo dictador perpetuo de la República, el célebre *doctor Francia*. El siempre poderoso *Karai Guazú*, como se le llamaba en guaraní. En su novela *Yo el Supremo*, Augusto Roa Bastos lo ve como la gran sombra patriarcal que no termina de disolverse en la historia aunque pasen los años desde su muerte, cabalgando por las calles desiertas, frente a las casas cerradas a piedra y lodo, "bajo el enorme tricórnio, todo él envuelto en la capa negra de forro colorado, de la que solo emergían las medias blancas y los zapatos de charol con hebillas de oro, trabados en los estribos de plata".

Lo sucedió en el poder perpetuo su sobrino Carlos Antonio López. Tras su muerte en 1862, ese poder pasó a manos de su hijo, Francisco Solano López, disoluto aficionado a las faldas, premiado por su padre con las insignias de brigadier a los 18 años de edad, y elevado por sí mismo a mariscal.

En el primer cuarto del siglo XX, el país tuvo 15 efímeros presidentes, hasta que regresó de nuevo la dictadura perpetua con el general Alfredo Stroessner, que se mantuvo en el mando por 35 años seguidos, de 1934 a 1989, en nombre del Partido Colorado, un verdadero partido único que llegó a gobernar por 61 años. Y el Paraguay conserva su misma raíz feudal desde los tiempos del doctor Francia.

A comienzos del siglo XX, 79 personas poseían la mitad de la tierra, mientras el analfabetis-



SERGIO RAMÍREZ

La gran mayoría de los paraguayos sigue pensando que la riqueza en su país está mal distribuida

mo cubría al 80% de la población. Esta situación ha cambiado poco hasta ahora. Y cambiarla fue la bandera con que el antiguo obispo Fernando Lugo llegó al Gobierno en 2008, democráticamente electo, una rareza en la historia paraguaya, y más rareza aún que fuera el primer presidente que desde la independencia recibiera la banda presidencial como candidato de la oposición, derrotando al sempiterno Partido Colorado.

Cuando el *Obispo de los pobres* asume la presidencia, lo hace con el respaldo del 84% de la población, precisamente porque ha despertado grandes esperanzas de cambio, sobre todo en cuanto al régimen feudal de la tierra. El Paraguay ha tenido en tiempos recientes altas

tasas de crecimiento anual, pero las obsoletas estructuras económicas, y sobre todo agrarias, siguen haciendo que las grandes masas indígenas y campesinas lleven una vida marginal.

De acuerdo con una encuesta muy reciente de *Latino-barómetro*, la abrumadora mayoría de la población sigue creyendo que la riqueza está mal distribuida en Paraguay: solo el 22% piensa que esa distribución es justa, mientras las instituciones son juzgadas con desconfianza en cuanto a su legitimidad: en 2011 solo un 31% confiaba en el Parlamento, y un 23% confiaba en el sistema judicial.

Sin poder solucionar ninguno de esos problemas estructurales, la confianza en el presi-

dente Lugo había bajado a 37% al momento de su derrocamiento. Debió enfrentarse con disensiones dentro de la propia alianza que lo llevó al poder, con los reclamos urgentes de cambios sociales que no tenía la posibilidad de resolver, con el rechazo conspirativo de sectores conservadores de la sociedad. Y su imagen sufrió mengua frente a los continuos escándalos de reclamos de paternidad por parte de mujeres que habían sido sus amantes en sus tiempos de obispo, unos de esos reclamos verdaderos, otros falsos.

El problema agrario no resuelto, que superó las capacidades del presidente Lugo, fue precisamente el que dio al traste con él, cuando la policía se enfrentó a balazos con campesinos que reclamaban tierras en un latifundio de la frontera con Brasil, propiedad del terrateniente más grande del país, Blas Riquelme, íntimo asociado de Stroessner, con muertos y heridos de ambas partes. Lugo respaldó la acción policial, y todos esos muertos fueron a dar a su cuenta, juzgado sumariamente, y destituido sin oportunidad de defensa.

Se sometió primero al fallo del Senado, que lo destituyó, y luego rechazó ese fallo cuando ya era muy tarde.

Ahora su figura que fue tan atractiva, un antiguo obispo católico llegado a la presidencia en nombre de los pobres, se disuelve no solo en su propia impotencia para cumplir con las esperanzas de un país que aún espera por el mañana, sino también en la impotencia de las instituciones. Y en la impotencia del sistema democrático mismo para librarse de la sombra ominosa del doctor Francia.

Sergio Ramírez fue vicepresidente de Nicaragua y es escritor.

## FORGES

